

GLOSA A LAS AVENTURAS DE HANS ROCKEL

"En cuanto a mí -dice Eleonora Marx en sus Recuerdos-, de todas las innumerables y maravillosas historias que me contaba Mohr, la que más me gustaba era la historia de Hans Rockle. Es raro que nadie se haya ocupado de escribir estas historias llenas de poesía, de espíritu y de humor..."

Sin duda es raro.

Más raro, aún, todo el asunto.

Cierto que eran pasatiempos; pero un juego que duraba "meses y meses",

con la coherencia de un solo relato,

es algo que exige una extraña, secreta energía.

Quisiera oír el timbre

de las risas, ver las ropas, el brillo de los ojos.

Siendo esto imposible, me pregunto:

¿tal vez la fantasía y la ternura

iluminan el socavón de su trabajo,

como el sueño vinculado a la vigilia?

Lo cóncavo ajusta en lo convexo.

Si Mohr salía de la estructura y la superestructura

para entrar, con su hija, en las historias de Hans Rockle,

algo sabía Hans Rockle de Mohr

que Mohr no sabía de sí mismo.

Sus historias venían del cuento original.

Los narradores son indiferentes,

como es indiferente que escriban o no escriban;

el cuento prosigue ramificándose como un árbol

que es siempre el mismo y distinto.

Pero este contador, paseando con su hija

por las calles y los parques de Londres,

llenos de olores y colores sepultados con ellos,

pensadlo bien, no es un contador indiferente,

ya que de su maciza cabezota estaba saliendo

la revolución contra los dioses.

Porque él adoptó el lema de Prometeo: